

Saludo imposible en la imposible conferencia de Ángel Olgoso.

Querido Rector Magnífico:

Como ya te comenté personalmente, me ha sido imposible acudir a la lectura de tu conferencia sobre la ciencia y el arte de la Patafísica. Al día de hoy, y si el avión no se ha estrellado, no nos ha secuestrado en pleno vuelo un comando de feministas por la paridad de asientos VIP (con discriminación positiva, en toda caso, para las viajeras), y si en Portugal no ha tenido éxito la revolución islámica radical-integrista encabezada por el estruendoso muláh Abdel Alberto Caeiro, me encuentro plácidamente alojado en un hotelito de Lisboa, disfrutando, espero, de un clima lluvioso y de una ciudad donde aún circulan los tranvías. Y encima, enfrente está Nueva York, tal como demostrase, hace muchos años, un locuaz faroleiro que entre luminarias y fanales iba encendiendo su corazón con dulcísimo (eso decía), vino de Porto. En fin, que no todo está perdido.

No quiero, sin embargo, que me suceda lo mismo que en noviembre de 2003, cuando al final de una amable cena compartida con Antonio Fernández Molina, nuestro Sátrapa Honorario, el mismo me entregase, con el ruego de hacértelo llegar, un ejemplar de su libro *Dentro del embudo*. En junio de 2004, por correo electrónico, te puse al corriente de tal circunstancia, y envié el libro como paquete postal, con mis disculpas por la inusual tardanza, amparándome tras el eximente de que cuando recibí el libro me encontraba en plena faena de galanteo, y entre el mirar hechicero de mi pretendida y lo que luego sucedería... se me fue el santo al cielo. Recuerdo tu cortés y elegante respuesta, agradeciéndome de todas formas el envío de aquel libro y, de paso, felicitándome por mi triunfo en el campo de Venus, el cual suponías clamoroso al haberme durado ocho meses el sopor post coito. Considera pues que, en la ocasión presente, me anticipo incluso a la efeméride y redacto estas líneas unos días antes del evento, previendo que mi tradicional gandulería y

demostrada tendencia al despiste frustran la cabalidad del propósito. Consideráme sentado entre el público que abarrota el salón de actos en Gran Vía 51, e imagina que estas palabras salen en este mismo instante de mi gañote para expresar sin más, lisa y llanamente, estimado Rector, mi gratitud hacia el Institutum Pataphysicum Granatensis y sus alteridades literarias. Reconocimiento que abarca, necesariamente, a muchos años (lo sabes mejor que nadie), dedicados a la literatura como el más exquisito camino del hombre sensible e inteligente hacia la verdad y la belleza, eso que los antiguos llamaban, no sin razón, el *espíritu*; valor que la patafísica como ciencia de lo indemostrable sabe mantener con sobrada gentileza, la de quienes no tienen nada que demostrar a nadie, salvo a sí mismos, cada día, una medular devoción por estas faenas tan gratas, y tan ingratas, de la bullición del pensamiento en forma de palabra escrita.

En tal sentido, la fundación y epifanía del Institutum Pataphysicum Granatensis supone para mí y, creo, para otros cuantos escritores vinculados a la milenaria y álgida Granada, una ansiada meta y un excitante punto de partida. Meta porque, llegados a la edad del león (tal como diría Nietzsche), apetece tomarse las cosas con muchísima seriedad, es decir, con todo el sentido del humor y la mayor de las desafecciones hacia bagatelas y rimbombancias, que son familia política del oficio de escribir, o sea, parientes incómodos, gorriones y en el fondo bastante odiosos. Al mismo tiempo, el auge del IPG (y lo que te rondaré morena), nos plantea la posibilidad de tener, ya para siempre, una casa habitable donde refugiar nuestra alma lesionada tras perder muchos partidos en terreno contrario, por todos los campos de tercera división. Pero no me refiero a una casa normalucha y corrientucha, como de vivienda de protección oficial, con vecinos gritones y suegra en la sala de estar que se pasa el día viendo los programas de cotilleo y colocándose los rulos, sino una morada confortable, cálida, acogedora, espaciosa, exquisitamente amueblada y, lo más importante de todo, sita en el quinto culo, lejos de todo y de todos, en un andurrial campestre tan pacífico y absorto en su belleza esencial que, por no tener, no tenemos ni código postal. Una casa grande, entrañable, que no es de este mundo. NI de este mundo ni de ningún otro que puedan concebir esas pintorescas cabezas de ajo de las que son dueños, por derecho administrativo, los funcionarios de la nomenclatura oficial del arte entendido como actividad gubernativa.

En ese hogar, querido Rector, deseo yo ser vecino vuestro, de todos nuestros compañeros del IPG, amados y temidos sátrapas, por los siglos de los siglos. Hagamos de nuevo la magia de *Anansi*, concedámonos ese don y yo, a cambio, os ofreceré la solución a la Conjetura de Goldbach, la cual he de remitir al Colegio Patafisico de Granada en cuanto se me pase el sopor post fado, es decir, dentro de ocho centurias. ¿O es que no vamos a vivir tanto tiempo? Sabe al respecto, querido Rector, que a estas alturas de la novela, vosotros, para mí, sois inmortales.

Un abrazo.

José Vicente Pascual

Lisboa, a 25 de enero de 2007.